

LOS BORBONES EN CRISIS:
GUERRA DE REPRESENTACIONES
Y BANDOLERISMO POLÍTICO
EN LA EUROPA MERIDIONAL,
1860-1876¹

Lluís Ferran Toledano Gonzàlez
Universitat Autònoma de Barcelona

A mediados de siglo xix, parecía irreversible en Europa y en América el triunfo de las fuerzas liberales. De Liverpool a Charleroi, de Barcelona a Turín, o de Boston a Buenos Aires, el capitalismo y la civilización industriales doblegaban al rezagado mundo rural. Revoluciones sociales y nacionales, guerras civiles, fuertes migraciones, todo con el telón de fondo de una cadena de restauraciones, adaptaciones o incluso liquidaciones de las familias reinantes en Europa. En este bullicioso paisaje, el recurso a la guerra de guerrillas lideradas por cabecillas o caudillos (*capi di banda*) se convirtió en uno de los modelos más repetidos de asalto al poder por parte de los candidatos destronados y de las élites agrarias temerosas de cambios. En las siguientes páginas, me propongo analizar este modelo en el sur de Europa, en un teatro político comparado, como es el napolitano y el catalán.

Las líneas que a continuación desarrollaré se centrarán en tres aspectos principales. A partir de las investigaciones existentes sobre el caudillaje carlista en Cataluña y España, interpretaré el papel de dos de los mitos de la contrarrevolución europea que tutelaron la resistencia armada borbónica

1 Este trabajo se halla inscrito en el proyecto «Las monarquías en la Europa meridional (siglos xix y xx). Culturas y prácticas de la realeza» (HAR 2016-75954-P), financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad del Gobierno de España y fondos Feder.

napolitana entre 1861 y 1863: Josep Borges y Rafael Tristany. En segundo lugar, presentaré una lectura precisa de algunas de las obras coetáneas editadas en lengua castellana sobre el *brigantaggio*. Partiré de la obra referencial escrita por los conservadores Juan Mañé y Flaquer y Joaquín Mola y Martínez, *Historia del bandolerismo y de la camorra en la Italia meridional, con las biografías de los guerrilleros catalanes Borges y Tristany*, impresa en Barcelona en 1864. Lo completaré con otros textos publicados en aquellas fechas sobre Italia, el Piamonte, el proceso de unificación y el futuro del reino de Nápoles, dados a conocer por competidores políticos como el progresista Víctor Balaguer y el ultracatólico José María Carulla.

Por último, me ocuparé de la existencia de prácticas insurreccionales compartidas por las fuerzas monárquicas europeas que se enfrentaron al temporal revolucionario, lo que hace unos años denominé «última guerra de religión europea», protagonizada por una red legitimista internacional.² En ese juego de exportación e importación de individuos (cabecillas) y de hábitos (guerras de partidas), los sucesivos pretendientes carlistas al trono de España estuvieron supeditados a las exigencias propias de la movilización de recursos de la guerra de guerrillas. No tuvieron más remedio que subordinarse a una cultura insurreccional presidida por una doble tensión, que también intentaron resolver los dirigentes borbónicos napolitanos: primera, la necesidad de recuperar el control del territorio y la soberanía política y, segunda, atender a la fragmentación extrema de la soberanía por la acción de los caudillos y la cultura de la guerra de partidas. La solución a este conflicto pudo proporcionar, provisionalmente, a la contrarrevolución una cierta capacidad de resistencia en el territorio, pero, a la larga, condujo a su incapacidad para ofrecerse como una alternativa de orden; un aspecto que era decisivo obtener de su público potencial para aspirar a conseguir éxitos políticos y militares en las áreas urbanas. Solo una investigación profunda y comparada podría verificar hasta qué punto la cultura insurreccional catalana llegó a ser una referencia útil a los borbones napolitanos.³

2 Traté de esa cuestión en profundidad en mi tesis doctoral: Toledano (1999), *La cuestión internacional religiosa y de los zuavos reproducida en mi libro* Toledano (2002), expresión coincidente en Jordi Canal (2011a y b) y otros autores.

3 Pinto (2013 y 2019) y el espléndido libro de Sarlin (2013).

El mito de los caudillos al servicio de las solidaridades monárquicas

Respecto a la personalidad de Borges y Tristany y el tipo de dificultades que tuvieron en sus experiencias como jefes de la contrarrevolución napolitana, es necesario previamente situar el contexto en el cual estos dos veteranos aceptaron el compromiso político con Francisco II, el último monarca reinante de las Dos Sicilias. Ambos habían participado en la segunda guerra carlista desarrollada entre 1846 y 1849 en el teatro de operaciones catalán, caracterizada por la acción de una constelación de partidas guerrilleras con sus respectivos jefes y caudillos, en un distrito fuertemente militarizado por fuerzas liberales; unas partidas que se nutrieron gracias a las secuelas de una crisis agraria tradicional, mezclada con otra de nueva, que afectó a la industria textil y que llevó a las armas a un apreciable número de trabajadores desempleados.⁴ En esa guerra, Borges y Tristany figuraron como jefes destacados del poniente catalán, sin llegar a ocupar la máxima dirección militar, porque ese rango lo ocupaba el célebre general Ramón Cabrera.

Poco antes del conflicto napolitano, en 1855, nuestros protagonistas Borges y Tristany participaron nuevamente en otro fracasado intento de insurrección, en el contexto turbulento del Bienio Progresista (1854-1856). La vida del dirigente exiliado contrarrevolucionario estaba en un permanente estado de alerta, siempre dispuesto a emplearse en complotos e intentos de golpe de Estado. Eso fue lo que volvió a pasar en 1860, cuando nuestros dos cabecillas se implicaron en la trama conspirativa que logró desembarcar el cuerpo de ejército perteneciente al distrito de las Islas Baleares en Sant Carles de la Ràpita, un pequeño puerto del sur catalán. En dicho golpe, Tristany figuró en la jerarquía como segundo de la capitánía general catalana, que recayó en José Masgoret, mientras que Borges estaba en calidad de jefe del Estado Mayor. El intento de pronunciamiento militar —práctica que nunca fue ajena a la tradición carlista—, acabó con el fusilamiento del capitán general de las Baleares y simpatizante carlista Jaime Ortega. También acabó con la renuncia del pretendiente Carlos Luis de

4 Vallverdú (2002).

Borbón y de Braganza, casado con María Carolina de Borbón-Dos Sicilias, hija de Francesco I y hermana de María Cristina, la antigua reina regente de España.

El segundo pretendiente carlista, Carlos Luis de Borbón, moriría poco después, en enero de 1861 en Brunse, en el estado austriaco de Estiria. La situación dejó al carlismo huérfano, sin referentes coronados facilitando, en cierta manera, a los caudillos expandir su potencial en el imaginario carlista. El problema se agravó porque los derechos de la Corona recayeron en su hermano, Juan Carlos de Borbón y de Braganza, fascinado con el progreso económico y científico y, para mayor escándalo, admirador de Garibaldi. El nuevo pretendiente estuvo casado con una hija de Francisco IV de Módena, María Beatriz de Austria-Este, hecho que demuestra lo sólido que eran los vínculos matrimoniales entre ambas casas. El carlismo quedó desamparado cierto tiempo por la actitud de Juan Carlos de Borbón y sus buenas relaciones con el Gobierno liberal español hasta que, en 1864, la viuda del primer pretendiente carlista que residía en Trieste y que era su madrastra —María Teresa de Portugal, princesa de Beira, de acuerdo con su propia esposa María Beatriz— lo obligó a ceder los derechos a su hijo Carlos de Borbón y de Austria-Este, alcanzados finalmente en 1866.

En esas horas de naufragio y de angustia, los habituales vínculos familiares y matrimoniales entre diversas casas legitimistas debieron invocar solidaridades y fortalecer un destino común. Por eso obtuvieron un carácter tan fuertemente simbólico los lazos existentes entre la familia carlista desterrada y las diversas casas italianas, a punto todas ellas de compartir el ocaso político. Un ejemplo de ello fue cómo la propaganda carlista utilizó la prensa y la fotografía como medio para difundir la presencia de parientes de las casas desterradas como parte de su dirección militar. En una conocida imagen de 1874, fueron fotografiados con el pretendiente don Carlos el teniente coronel de los ejércitos carlistas Enrique de Borbón, conde de Bardi, casado con la princesa María Inmaculada de Borbón, hermana del rey Francisco II; el coronel de artillería Alfonso de Borbón-Dos Sicilias, conde de Caserta, hermano del rey y futuro Alfonso I y, cerrando la representación, el duque Roberto de Parma. En una sola imagen estaban implicados con la *causa*, directa o indirectamente, dos hijos y dos hijas de Francisco II.

Unas solidaridades que mantenían una larga trayectoria. Pensemos que la dinastía carlista formó, con el tiempo, su propio panteón y destino

de peregrinación en Trieste, merced a la ayuda de María Carolina de Nápoles y Sicilia, la duquesa de Berry, que les cedió parte de sus aposentos. Por su lado, también fue notable el concurso prestado por el duque de Módena al mantenimiento y formación del futuro pretendiente carlista don Carlos de Borbón y de Austria-Este y a su hermano Alfonso, en atención a que su madre era hija del duque.⁵

En síntesis, cuando Borges y Tristany participaron de pleno en la solidaridad internacional borbónica con el Reino de Nápoles, el carlismo se hallaba viviendo dificultades que parecían irreversibles; crisis dinástica y de dirección política, a lo que cabe añadir la penuria vivida por los veteranos empobrecidos refugiados en Francia o de vuelta a sus hogares, y la desorientación de sus bases. Este estado de postración política comenzó a resolverse cuando el carlismo histórico se amalgamó con sectores del liberalismo conservador politizados por el reconocimiento del Reino de Italia, y al calor de las nuevas movilizaciones que caracterizarían al catolicismo político en su primera fase de reconquista social católica.⁶

A Josep Borges y Rafael Tristany a menudo se les presenta en la literatura del *brigantaggio* italiano como pertenecientes a la aristocracia, lo cual es un error. Muy brevemente, se trató de dos veteranos dirigentes pertenecientes a familias que hicieron una carrera de armas en el seno de los cuerpos paramilitares de Voluntarios Realistas de Fernando VII o en el cuerpo de los somatenes catalanes, y tan solo Josep Borges pasó brevemente por la academia militar de Lleida. Pertenecieron, pues, a familias de propietarios de tierras que crecieron económicamente gracias al censo enfitéutico, y que la crisis económica y política de finales de siglo XVIII e inicios del XIX llevó al empobrecimiento. En algún caso, su ennoblecimiento devino por efecto de las gracias concedidas, como fue el caso del título de conde de Avinyó a Rafael Tristany (no debe confundirse con el Avignon francés) o, *a posteriori*

5 Es necesario advertir que la primera vinculación en la historia del carlismo con los territorios italianos fue con el reino de Cerdeña, que actuó como principal valedor financiero en la primera guerra carlista. Véase la tesis doctoral inédita de Izquierdo (2018). El posterior relato liberal no permitió reconocer el papel clave de Carlos Alberto de Saboya. Como dice el autor, el carlismo catalán «se fabrica en Turín». De consulta obligada Urquijo (1998).

6 López y Martínez (2011); sobre la politización neocatólica, el clásico de Urigüen (1994) y las nuevas perspectivas de Romeo (2011). Para el contexto, Pascual (2002).

ri, el de marqués de Casa Tristany, títulos dados por los pretendientes carlistas por sus victorias militares. Por lo que hace referencia al título de barón d'Altet, lo tuvo algún miembro de la familia Tristany en el siglo XVII, pero no está documentado que lo mantuvieran en el XIX.⁷

Mucho más interesante es hacer un examen a los frecuentes viajes de Borges y Tristany durante aquellos años, en la medida en que revelan la calidad de su red de contactos y de lealtades cortesanas legitimistas. Josep Borges pasó a residir en Nápoles durante un año, con ocasión de que el conde de Montemolín —segundo pretendiente carlista— se casara en 1850 en Caserta con la hermana de Fernando II de Dos Sicilias. Allí informó de lo sucedido en la pasada conflagración bélica en Cataluña y aprovechó a aprender la lengua de sus protectores. Con posterioridad, pasó a vivir en Francia, antes y después del fallido intento de insurrección de 1855. Se dedicó al comercio de vinos y al cuidado de su hermana en la región de Borgoña y pasó luego a trabajar como cajero del Hotel Español de Ambos Mundos de París.

Alrededor de 1860, Borges participó en Roma en el proyecto de organización de un cuerpo de zuavos españoles, similar al francés o el belga, pero las disposiciones del Gobierno español pudieron más por el riesgo que dicho cuerpo estuviera compuesto casi por entero de carlistas. Cuando llegaron las noticias del fracaso del desembarco de Sant Carles de la Ràpita, en abril de 1860, fue requerido por el príncipe de Schila (Sila) y por el general Tommaso Clary, para facilitar militarmente el retorno de la monarquía napolitana. En Roma, selló sus compromisos con Francisco II y sus generales y, desde Malta, desembarcó en Calabria el 13 de septiembre, deambulando por el sur hasta su fusilamiento en Tagliocozzo (Abruzos) el 9 de diciembre de 1861, apenas cuatro meses después.⁸

Por lo que hace referencia a Rafael Tristany, implicado de lleno en la segunda guerra carlista, conocida como la de los *matiners*, tuvo que sufrir

7 De ambos personajes predomina la literatura hagiográfica y mitificadora de corte romántico. Sobre la familia Tristany, López (1993) y, sobre Borges, D'Amore (2010).

8 Además de los libros mencionados de Simon Sarlin y de Carmine Pinto, destacan para el contexto político general los de Leoni (1984), Lorenzo (2001), Galasso (2006) y Lupo (2011).

el fusilamiento de su tío, el caudillo mosén Benet Tristany. Se refugió con su familia en Francia, hasta que volvió a intentarlo en 1855, constituyendo su territorio natural de acción el principal foco de insurgencia carlista en toda Cataluña. Tras la decepción, Tristany retornó a Francia y de allí a Nápoles y Módena, en mayo de 1856. Durante tres años, se puso al servicio del duque de Módena en diferentes comisiones, recorriendo los estados italianos e incluso formando parte del proyecto de creación de una división volante pensada para hacer frente al Ejército del Piamonte, que finalmente se malogró.

Tristany salió de Módena con la corte del duque en 1859, de camino a Verona y a Trieste. Durante ese tiempo, supo del complot de Sant Carles de la Ràpita y de su posible nombramiento para formar parte de su dirección. De París retornó a Trieste, estando a las órdenes de la viuda del primer pretendiente carlista hasta enero de 1861, que fue cuando se puso al servicio de Francisco II como mariscal de campo. Tras una primera entrada en la Terra di Lavoro en noviembre de 1861, se volvió a Roma y, de allí, de nuevo penetró en diciembre por la frontera de los Abruzos. Esperó en vano un año, entre abril de 1862 y abril de 1863, la promesa de poder disponer de un cuerpo de ejército o de formar una expedición real, contando con una partida de un centenar de hombres. De vuelta a Roma, fue hecho preso por las tropas francesas. Años más tarde, durante la tercera guerra carlista (1872-1876), llegó a ser capitán general en Cataluña y presidente de su diputación política y de guerra, hechos que demuestran que se trataba de uno de los líderes militares indiscutibles del carlismo catalán. Tal y como recogió Simon Sarlin, en una carta escrita por su hermano Francisco y destinada al caudillo Rafael, se le decía:

Usted sabe cuántos sacrificios hemos hecho hasta ahora, y solo aspiramos a continuarlos dando nuestras vidas, si es necesario, para defender la causa de nuestro Rey. La espada que llevamos en España se sacará de nuevo para luchar en favor de la legitimidad donde sea necesario. Los revolucionarios son iguales en todas partes, y sus planes siempre son injustos.⁹

⁹ Carta escrita por Francesc Tristany desde Besançon a su hermano Rafael en París, del 21 de febrero de 1861, depositada en el Archivio di Stato di Napoli. Citado por Sarlin (2013, p. 204).

No obstante, el número de voluntarios carlistas en el Reino de Nápoles fue muy pequeño. Con Borges no llegó a una decena, y parecido caso fue el de Rafael Tristany. Con su actitud inicial, Borges pretendió asegurar y consolidar su posición, antes de hacer un llamamiento general a los refugiados carlistas que vivían en Francia. De todas formas, el elemento ideológico, sin negar su importancia, no fue el decisivo para trasladarse de un país a otro y coger las armas. No existía una diferencia insalvable entre los carlistas y los elementos expedicionarios llegados de otros países e incluso con ideologías antagónicas. Las lealtades personales, los lazos de camaradería y, sobre todo, la penosa situación económica fueron los factores que condicionaron la vuelta a las armas, mientras no se viera una ventana de oportunidad clara, con organización, dinero y hombres.¹⁰

La representación de la cultura insurreccional de los caudillos

Un segundo orden de cosas, que se encabalga con el anterior, es el de la representación política y religiosa que los territorios italianos tuvieron para el liberalismo y el carlismo español. Para esta reflexión, he considerado útil conocer el sentido de las obras de diversos periodistas y políticos, que vieron en las vecinas costas del mediterráneo un tipo de conflictos que les llamaron profundamente la atención.

Joan Mañé y Flaquer fue considerado el «oráculo» de la burguesía catalana, por ser la pluma principal del periódico más importante de la derecha liberal moderada de la segunda mitad de siglo XIX: el *Diario de Barcelona*.¹¹ Mañé estuvo en Italia (en Turín y en Roma, como mínimo) en 1862, desde donde envió unas crónicas que le sirvieron de base para publicar, dos años después, con Joaquín Mola y Martínez, el libro de *Historia del bandolerismo y la camorra*. Su compañero y coautor de la obra, Mola y Martínez, fue un militar y corresponsal de guerra nacido en Alicante (1822), que estuvo en Génova, Turín y Milán entre mayo y julio de 1859, en la segunda y decisiva guerra de unidad. Resultó muy significativo que él

10 Un trabajo específico sobre estas cuestiones en Toledano (2010), junto a otras investigaciones paralelas de Tronco (2010), Lamberts (2002) y Sarlin (2014).

11 De referencia la obra colectiva de diversos historiadores, DD. AA. (2004), con el de Aubert (2013) y el del historiador de la prensa Guillamet (2012).

mismo fuera el principal contacto entre sectores de la burguesía catalana y la capitanía general —que era quien tenía el verdadero poder político en un distrito tan conflictivo—, y que fuera el encargado de organizar el somatén general que acabó con el dominio carlista de la montaña catalana en noviembre de 1875. Mola y Martínez acabó siendo el hombre de confianza, principal valedor y conocedor de los asuntos militares, que tuvo el moderantismo burgués durante esos decisivos años de la segunda mitad del Ochocientos.

Como ha apuntado certeramente Daniele Palazzo, el libro de Mañé y de Mola fue uno de los primeros en tratar el conflicto como una «guerra civile nella montagna e l'anarchia nelle città», porque la mirada de esos dos autores pasaba, necesariamente, por la experiencia de largos años en las guerras civiles españolas.¹²

Una idea central en el libro consistió en defender que tanto el bandolerismo tradicional como el bandolerismo moderno habían constituido un peligroso instrumento en manos de los Borbones, ayudando a que tomara un color político temerario que, en principio, no tenía. Y ello era muy sintomático, porque lo que ocurría en Italia funcionaba como un juego de espejos con las propias experiencias históricas de las guerras civiles en España. Según los autores, Francisco II hubiera tenido que resignarse, vivir en el exilio con decoro y no fomentar una guerra civil «de mala ley». El libro condenó la política de Garibaldi como de dictatorial, pero también la política piemontesa, que contribuyó al desorden y a querer borrar la nacionalidad napolitana y convertirla en una provincia subsidiaria del Piamonte. Esa era la propuesta conservadora catalana y conciliadora con los elementos tradicionalistas y católicos locales: «Ni esclavitud odiosa, ni libertad interesada»,¹³ una propuesta alejada de los dos extremos: sin el rígido absolutismo, pero tampoco sin el liberalismo descontrolado. Incluso llegaron a comparar la protesta contra el plebiscito de los montañeses de los Abruzos, con la acción de los catalanes contra la invasión napoleónica de 1808. En todo caso, la postura defensiva de

12 Recogido por Palazzo (2014).

13 Publicaciones coetáneas aparecidas en Barcelona, París y Florencia, en Mañé y Mola (1864), Borges (1861 y 1862), Velázquez (1861), Garnier (1861) y Monnier (1862).

Francisco II hubiera de haber buscado a hombres y elementos de «honor»; una buena dirección militar y un ejército bien encuadrado, que no diera lugar a escenas de violencia, robo y amenaza al orden político y a la propiedad.

En este último punto, se encuentra un aspecto fundamental. El discurso sobre el *brigantaggio* servía para describir la imposibilidad de articular una guerra de bandas (de partidas) como alternativa político-militar, aunque se tratara de una reacción legítima contra pulsiones revolucionarias. Y ello lo decían teniendo en cuenta la larga experiencia de cultura insurreccional y de guerra de partidas en Cataluña. El discurso historicista católico incorporaba como propias una sucesión de episodios bélicos, que comprendía la guerra de la Independencia (1808-1814), el levantamiento realista de 1822 y 1823, la revuelta de los agraviados o *malcontents* (1827), la primera guerra carlista (1833-1840), la segunda o *guerra dels matiners* (1846-1949), el levantamiento de 1855 o el intento de golpe de Estado de 1860, junto a los hechos que todavía estaban por llegar del levantamiento carlista de verano de 1869, y la tercera guerra carlista de 1872 a 1876; uno de los ciclos guerracivilistas más prolíficos de Europa, y probablemente de América, junto al vivido en las tierras del antiguo virreinato de la Plata y Colombia.

De nuevo, en el relato descrito por Mañé y Mola de lo ocurrido con las partidas de Borges y Tristany, se pone de relieve el enorme riesgo político que supone confiar el poder al concurso de la guerra de bandas. Lo que se describe sobre el recibimiento que tuvo Borges, escrito en su propio diario, es muy significativo. No encontró en Calabria las fuerzas realistas que le prometieron. La primera partida que salió a su encuentro desconfió de él, creyendo que eran enemigos. Cuando conoció al célebre jefe Crocco, no pudo hacerse obedecer, porque este no respetaba sus órdenes. La razón de su comportamiento no era arbitraría porque, si su grupo se encuadraba en la nueva organización, sus hombres perderían el rango y Crocco, su omnipotencia. La autoridad de Borges estaba siendo anulada por culpa de las violencias cotidianas cometidas por sus bandas, siendo finalmente destituido, con el argumento que debía mandar en Basilicata y no en Calabria. En sus últimos días, quedó reducido a 18 hombres, hecho prisionero y fusilado por sus enemigos; un argumento este, el de luchar en un territorio delimitado, que también formaba parte de la práctica y la cultura de la

guerra de montañas en Cataluña, donde cada caudillo poseía a sus hombres de confianza, que se movían cómodamente en su comarca. Dicho tipo de control confería dominio del terreno, de los caminos y escondites, así como de las casas y pueblos amigos, de los precios y virtuallas con los que mantenerse en el campo de batalla.¹⁴

Nótese que Mañé y Mola no criticaron a Borges; al contrario, le pusieron como modelo moral, incluso durante la primera guerra carlista. Esto es sintomático porque, durante generaciones, la prensa liberal se había dedicado a calumniar y ridiculizar a los enemigos de la monarquía constitucional. Pero ahora lo importante era señalar al público lector español que las guerras de partidas conducían, inexorablemente, al caos político, aunque su propósito inicial no fuera del todo malo. Y lo mismo para Rafael Tristany, en este caso calificado en la obra de forma más severa como un caudillo moralmente dudoso, que tuvo que encararse a la dura realidad de las promesas y engaños hechos por los cortesanos de Francisco II. Sufrió, en su propia piel, la ayuda promiscua de borbónicos de buena fe y de aventureros «calaveras», haciendo frente a los robos y tropelías de los jefes de bandas de los Abruzos. La frase más elocuente que resume la posición de estos representantes de la opinión pública de las clases conservadoras e industriales catalanas era que «el pueblo es generalmente en las manos de los reyes lo que un cuchillo afilado en manos de un niño: es muy raro que lo usen sin herirse»,¹⁵ toda una lección de conveniencia política. El miedo al concurso popular como base de apoyo de sus respectivos movimientos lo tuvieron tanto la familia política liberal como la reaccionaria.

Las otras obras representativas de la opinión sobre la cuestión de Italia, y en especial del sur, fueron la de Víctor Balaguer y la de José María Carulla. Atendamos a cada uno de estos perfiles: el primero, liberal progresista, y el segundo, católico ultramontano. Balaguer era, a mediados de siglo XIX, uno de los principales referentes de la cultura de la *Renaixença* catalana, un prohombre del partido progresista y amigo de Juan Prim, el futuro presidente del Consejo de Ministros y gran valedor en traer a Ama-

14 Sobre la violencia política carlista, Toledano (1998 y 2000).

15 Mañé y Mola (1864, p. 173).

deo de Saboya al trono de España.¹⁶ Víctor Balaguer escribió *Anales de la Guerra de Italia, Prusia y Austria* (1866), gracias a haber sido corresponsal de guerra, y *Mis Recuerdos de Italia* (1890), traducido al italiano nueve años después. Balaguer, partidario de la unión ibérica y de un modelo de monarquía pactista y federal, apoyó al Piamonte y a su proyecto de monarquía constitucional, frente a las rémoras al progreso y los restos de feudalismo existentes en la península italiana. Eso no quiere decir que su propio partido no conspirara y utilizara a su vez las redes de caudillos progresistas existentes en la provincia de Tarragona y en las cercanías de la ciudad de Barcelona, que intentaron, en agosto de 1867, una insurrección bajo el formato de guerra de partidas auxiliares del Ejército, y como apoyo a otro pronunciamiento militar para derrocar la dinastía borbónica.¹⁷

Por su parte, José María Carulla, publicista católico y autor de una obra que haría furor entre los jóvenes ultramontanos, *Roma en el centenario de San Pedro* (1867), despertó el interés sobre la familia carlista exiliada y el valor de los defensores del papa. No en vano, Carulla sería zuavo pontificio, junto a Alfonso de Borbón y Austria-Este, hermano del nuevo pretendiente carlista don Carlos, y Francesc Savalls, el gran caudillo carlista catalán y, en 1872, auditor de guerra, precisamente, de la partida de Rafael Tristany. Para Carulla, toda la península italiana, con epicentro en Roma, estaba plagada de lugares memorables y de santuarios del legitimismo.¹⁸

La guerra carlista, de ese modo, fue dada a conocer a través de la propaganda ultramontana, como la cruzada de un príncipe católico —don Carlos—, que ayudaría a liberar a Europa de la civilización liberal y protestante, y al papa de su «prisión». Ambas representaciones antagónicas, la de Víctor Balaguer y la de José María Carulla, defendieron la marcha inexorable del progreso, por un lado, y los valores trascendentales de la tradición religiosa y del trono, por otro. Italia, la tierra prometida de la lucha por la libertad, o la Italia de la resistencia y el martirio contra las falsas promesas y engaños del liberalismo.

16 Sobre la figura de Víctor Balaguer, Palomas (2004) y Cuccu y Palomas (2008).

17 Sobre las redes insurreccionales liberales progresistas, Toledano (2014).

18 Nuevamente, Toledano (2012).

Las guerras civiles y las crisis de legitimidad de los Estados-nación

El tercer y último elemento de reflexión deriva de los problemas de legitimidad y de soberanía suscitados por el modelo de la guerra de partidas. La segunda guerra carlista, o *guerra dels matiners*, ocupó un cierto paréntesis en la memoria carlista. Pocos carlistas la reivindicaron en los años dorados del carlismo político, tras el destronamiento de Isabel II en 1868, y tampoco en 1933, cuando sus partidarios conmemoraban su centenario. Aquel era un conflicto «borrado» de la memoria generacional carlista. Por el contrario, había triunfado la imagen y representación liberal de que ese conflicto había sido una guerra de «trabucaires» (derivado del «trabuco», el arma de los bandoleros). Incluso, en los últimos meses del conflicto, en enero de 1849, apareció publicado un manifiesto firmado por los payeses (propietarios agrícolas) del pequeño pueblo de La Garriga, que denunciaban el carácter descontrolado de las partidas carlistas, asimilándolas al comunismo en el campo; calificativo sin duda falso, pero que servía para el propósito de identificar el carlismo con el bandolerismo político.¹⁹

Este fue el bagaje político y cultural que tuvieron Juan Mañé, Mola y Martínez y el conjunto de la familia política liberal. Numerosos testimonios de la geografía española manifestaron, en el contexto de las guerras civiles, que preferían ir a luchar al norte vasco y navarro y no a las montañas catalanas. En aquellos espacios, los carlistas transmitieron una imagen ordenada de soldados encuadrados en batallones y de ataques realizados en campo abierto, en contraste con la violencia y el escenario desordenado que se presentaba en Cataluña o en Valencia y Aragón, dominado por caudillos, represalias a los prisioneros y acciones de guerra, acompañadas de agotadoras marchas y contramarchas.

Las solidaridades monárquicas construidas «por arriba», entre las élites dirigentes del legitimismo europeo, fueron más frecuentes en el País Vasco y Navarra, que no en Cataluña y Valencia. No obstante, el hermano del pretendiente, Alfonso de Borbón y Austria-Este, gracias a su antigua participación como zuavo pontificio en Roma, logró formar un batallón

19 *Montañeses*, La Garriga, 25 de enero de 1849, 8 pp.

de zuavos que actuó en la región catalana en 1873 y, en menor medida, en Valencia y la Mancha al año siguiente. El batallón de zuavos operó como escolta de los infantes, la mayoría catalanes, aragoneses y valencianos, pero también con la presencia de algunos extranjeros, como el comandante de la legión de Antibes en Roma, *monsieur* de Viallet, y zuavos de procedencia belga, holandesa y napolitana, como Teodoro Marulli Santasilia, hijo del general y conde Gennaro Marulli, que murió en Igualada en 1874; Giuliano Patti, teniente de Rafael Tristany, y que vino desde Roma junto a una decena de oficiales del Ejército borbónico; Giuseppe Carsetti y Rosi, sargento de zuavos de Peruggia, que fue comandante de armas de Ripoll y hombre de confianza de Francesc Savalls, o Carlo Piers, cronista y oficial del Estado Mayor del caudillo Joan Castells.

Inmersos en una emoción escatológica, en Barcelona se imprimió, entre 1872 y 1873, la revista quincenal *El zuavo del Papa*, que estimuló una verdadera papolatria y una identidad política compatible con la monárquica carlista. Es muy significativo que, en la cabecera de la publicación, aparecieran nombres de batallas gloriosas y de héroes como Lepanto, Monterotondo-Mentana, Lamorcière, Charette, Chambord y Savalls. Es muy significativo que no aparecieran alusiones directas a Francisco II, el «mártir de Gaeta», puesto que lo que politicizó al catolicismo político en aquel momento era la situación de los Estados Pontificios. La memoria católica era más decisiva que la memoria monárquica. En suma, el apoyo cuantitativo del carlismo español a la monarquía napolitana fue inferior al proporcionado por el esfuerzo transnacional democrático de la Legión Ibérica, creada en 1860, y que contó con 125 catalanes —de los 1800 prometidos—, que zarparon del puerto de Barcelona rumbo a Génova, muchos de ellos veteranos de la guerra de África.²⁰

De nuevo, el relato de Mañé y de Mola sobre el bandolerismo político puso de relieve las características de su cultura bélica, que parecían un cal-

20 Se publicó una literatura de inspiración democrática y republicana, que simpatizó abiertamente con Garibaldi y la causa del norte, como la del exiliado Archille Ronchi (1863), que vivía por entonces en Valencia. Otros textos del prolífico autor demócrata Fernando Garrido, que mantuvo relaciones con los propios Mazzini y Garibaldi, tratado en Aubert (2013); por su parte, el republicano Emilio Castelar publicó diversas ediciones y ampliaciones de su exilio en Roma a través de su *Recuerdos de Italia*.

co, una imitación, de lo que el carlismo catalán había desarrollado a lo largo de décadas. El uso de un lenguaje político y de prácticas singulares: «los montañeses», los jefes «con o sin prestigio», la aparición «por encanto» de partidas guerrilleras, los saqueos e incendios de propiedades de adversarios políticos, las peticiones de rescate por medio de secuestros de grandes propietarios... Lemas como «Abajo el extranjero», que fue el grito que se usará en Cataluña durante el primer año de guerra, en 1872, contra Amadeo de Saboya, fue antes esgrimido en el sur italiano napolitano contra los piamonteses; la distinción política entre el «Bonifacio», partidario ingenuo y sincero de los legitimistas, frente al seguidor oportunista, fanático y sin moralidad. La destrucción de vías férreas, la similitud de las operaciones en los pueblos mediante el uso de barricadas, la fortificación de edificios, los saqueos, el desarme de la Guardia Nacional, en paralelo al desarme de los cuerpos de voluntarios de la libertad o de la república, para el caso español.

Pocos años más tarde, durante la tercera guerra carlista, el modelo de guerra de partidas será el gran motivo de denuncia por parte de la opinión pública liberal, moderada o progresista: la figura del fanático cura trabuquero, los fusilamientos de prisioneros, los incendios y saqueos de propiedades, la destrucción del ferrocarril y del telégrafo con la consiguiente paralización del trabajo industrial, la destrucción de registros civiles, de árboles de la libertad, y un largo etcétera, que contribuía a desprestigiar la causa carlista como causa de orden. La clave para el discurso liberal consistió en hacer imposible que la radicalización que acompañó a la Primera República Española llevase al campo de la reacción a las clases conservadoras y católicas. Y, en ese juego, la representación de la guerra de caudillos y de partidas devino fundamental. Y el éxito del bando liberal fue rotundo.

Sin embargo, también dentro de las filas del carlismo, el debate entre una opción ordenancista, reglamentista, formal, de la violencia y del Ejército, por un lado, y el apoyo de una constelación de jefes de partida de guerrilla, por el otro, fue una de las dinámicas que marcó con fuego la posibilidad que la contrarrevolución se convirtiese en una alternativa armada y católica moderna, con dosis de credibilidad.²¹

21 Aspectos tratados todos ellos en Toledano (2004).

Como han manifestado diversos estudiosos del papel de los caudillos en América, su representación sufrió cambios de relevancia a lo largo del siglo xix. Se pasó de una visión dominada por los libertadores, por los héroes, distintiva de las primeras décadas de las guerras de emancipación, a otra en la segunda mitad de siglo, donde fueron considerados una tara, un defecto propio de una cultura política poco evolucionada. En cambio, hoy la historiografía ha puesto de manifiesto el protagonismo que tuvieron los caudillos en los primeros proyectos republicanos, y el hecho que constituyeron canales de modernización política.²²

Convenimos que las crisis de legitimidad por las que atravesaron los continentes europeo y americano, con todas sus diferencias, pusieron en serias dificultades los resortes de la soberanía y la justificación del poder.²³ Si los pretendientes contrarrevolucionarios se vieron precisados en movilizar grandes recursos humanos contra los Estados liberales, no tuvieron más remedio que utilizar la enorme fuente de poder fragmentado, representado por las insurrecciones de las guerras de partidas y dar a los caudillos un protagonismo mayor del deseado. Conscientemente, las direcciones legitimistas conspiraron, siguiendo un modelo basado en priorizar el pronunciamiento militar, dejando a las partidas una función auxiliar y subordinada de dominio del territorio y de extensión del golpe. Eso se intentó en España en diversas ocasiones y tan solo su fracaso y generalización en forma de la Guerra Civil nos ha impedido ver su auténtico propósito original.

Los esfuerzos de la dirección militar conspirativa entre 1869 y 1872 fueron todos destinados a evitar una guerra de trabucaires, cosa que al final no se pudo impedir.²⁴ El pronunciamiento militar carlista fracasó en el norte vasco-navarro en 1872, mientras que el levantamiento de partidas se mantuvo en Cataluña en esas mismas fechas. Solo la necesidad obligó a don Carlos a hacer un llamamiento a los vascos a la desesperada para que emulasen a sus hermanos catalanes, y sostenerse en el terreno. Con el tiempo, los enfrentamientos fratricidas entre cabecillas valencianos —o entre el

22 La obra de referencia en este debate es Centeno (2002), junto a las reflexiones de López-Alves (2003) y Morelli (2007).

23 Aquí los relevantes trabajos en perspectiva comparada de Pinto (2014a y b).

24 Cosa que demuestro en Toledano (2001).

hermano del pretendiente y el principal cabecilla catalán, Francesc Savalls, con tiros de por medio, entre 1873 y 1874—expresaron la lucha entre una concepción ordenancista y reglamentaria de batallones disciplinados, y otra de partidas que se movían por sus comarcas naturales.

La crisis final del carlismo español, no sabemos si también en parte la del legitimismo napolitano, estuvo presidida por esas contradicciones: por un lado, un rey de orden que conservaba con apuros depósitos de sacralidad y de buena armonía con la Iglesia; por el otro, un pretendiente que sufrió, en la práctica, una acusada fragmentación de su autoridad soberana, sin un «Estado» que lo respaldase, negociando permanentemente con su Corte itinerante y los núcleos dispersos de poder caudillista, y que tuvo que permanecer como un monarca que respetaba los equilibrios con otras jurisdicciones como la eclesiástica, o la de las corporaciones provinciales.

¿La soberanía de los Estados liberales quedó socavada por las guerras civiles? En la medida en que las partidas y los caudillos suplantaron la autoridad política y la unidad nacional mediante la ruralización del poder, su impacto sobre los procesos de nacionalización política no tiene lugar a dudas. Como es sabido, el discurso liberal, en España como en América, construyó tópicos contra los caudillos que resaltaron su arbitrariedad a la hora de ejercer el poder, producto de su hipotética inadecuación a las instituciones. De héroes durante la guerra contra Napoleón, o durante las guerras de emancipación americanas, pasaron a quedar asociados a la tiranía o la anarquía popular.

El caso del cráneo del conde de España, un asunto frívolo, aparentemente, puede ilustrar la existencia de esas imágenes. Dicho militar fue el máximo jefe militar de los carlistas catalanes durante la primera guerra, pero fue asesinado por sus propios compañeros por su actitud cesarista. La cultura política liberal lo definió como un despota que solo sabía fusilar a detenidos o quemar poblaciones. El retrato del salvaje meridional estaba servido. Después de años de búsqueda rocambolesca de sus restos por los frenólogos Josep Soler y Mariano Cubí, una vez hallada la calavera del conde de España, fue comparada con la de los «araucanos», en contraste con la civilidad europea. El montañés «trabucaire» catalán quedaba así homologado al «criminal» brigante napolitano; algo similar a lo acontecido con la figura denostada de Francesc Savalls, afectado de una especie de

psicopatología y calificado como «el terror de la montaña», según la prensa liberal y republicana.²⁵

De alguna manera, las partidas abrieron experiencias de soberanía que pusieron en duda la debilidad o fortaleza del Estado. La soberanía no es un único atributo del Estado, sino una cualidad presente en diversos grupos e instancias de la sociedad. Los caudillos también socializaron valores de la modernidad; movilizaron y politizaron la colectividad; no fueron una anomalía. En el caso español, no deja de ser sorprendente que las sociedades más modernas, como la catalana y la valenciana, fueran las que produjeran más caudillos, incluso también progresistas y republicanos. Contra el modelo demasiado simplista de la tensión existente entre caudillos regionales con sus clientelas que se oponían a la inevitable centralización del poder, o que sometían a las clases inferiores, las guerras civiles fueron procesos clave en la construcción de los Estados-nación. No existió un solo patrón de construcción del Estado. No ha habido en ninguna parte Estado, sin discusión del monopolio legítimo de la fuerza y del poder fiscal.

Si concebimos a las partidas como dispositivos de poder, que sirvieron para orientar, modelar y controlar las opiniones y las conductas, los caudillos intervinieron como agentes de nacionalización en múltiples direcciones, contra la nacionalización liberal y a favor de la nacionalización católica y comunitaria. Los caudillos como Borges o Tristany conformaron un tipo de autoridad tradicional capaz de canalizar la protesta armada de hacendados y propietarios antiliberales; un modelo de movilización desde arriba en clave local, que complementaba las formas clásicas de encuadramiento militar regular. Obedecía, con relativa ligereza, a la autoridad central del rey, y la base de su poder estaba fuertemente territorializada. En ese contexto, como buenos jefes de bandas, ofrecían una estructura de oportunidades, una rápida promoción social, porque no podían imponer la defensa y la autoridad sin una compensación. Detentaban el monopolio de la violencia y lo disputaban al Estado liberal mediante secuestros de los principales contribuyentes, bloqueos a las poblaciones o fusilamientos.

25 De Roca (2014). En ese sentido, es sintomático el folleto publicado en Madrid en 1884 sobre el caudillo Savalls: *El terror de la montaña, o historia del famoso cabecilla carlista D. Francesc Savalls*.

Ofrecían, además, impunidad en los saqueos de los ricos propietarios liberales y conseguían obediencia fiscal y control económico y comercial. Los caudillos y las partidas canalizaron, pues, triunfos y decepciones; administraron la ley, y fueron fuertemente identitarios. «Se era de un caudillo» y no de otro, poniendo de relieve el extraordinario colapso del Estado vivido durante años en amplias zonas del país. En ese sentido, el artificial servicio mercenario de caudillos en territorios ajenos a la cultura de la guerra de partidas fue un rotundo fracaso. Pero no por ello deja de ser pertinente que nos preguntemos cómo fue posible que las guerras civiles protagonizadas por caudillos no tuvieran ninguna repercusión en los procesos de nacionalización de los ciudadanos, por activa o por pasiva. Y tanto más cuando, para muchos, eran las columnas del Ejército, encargadas de cobrar impuestos y de reclutar a soldados, la encarnación y representación más inmediata de los nacientes Estados liberales.

Bibliografía

- AUBERT, Paul (2013), «Los españoles frente a la unidad italiana», *Bulletin de l'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 48, pp. 153-181.
- C. S. A. (1861), *Don José Borges ante la Europa: apuntes biográficos del General en jefe a nombre de S. M. Francisco II de las tres provincias de Calabria*, Madrid, Vicente de Lalama.
- CANAL Y MORELL, Jordi (2011a), «Guerres civiles en Europe au XIX^e siècle, guerre civile européenne et internationale blanche», *Pratiques du transnational. Terrains, preuves, limites*, bajo la dirección de Jean-Paul Zúñiga, París, CRH-EHSS, pp. 57-77.
- CANAL Y MORELL, Jordi (2011b), «Internationale blanche», en Jean-Clément Martin (ed.), *Dictionnaire de la Contre-révolution: XVIII-XX siècles*, París, Perrin, pp. 307-311.
- CENTENO, Miguel Á. (2002), *Blood and Deb. War and Nation-State in Latin America*, Pensilvania, PSUP (hay edición en castellano en 2014).
- CUCCU, Marina, y Joan PALOMAS (2004), *La Itàlia de Víctor Balaguer*, Vilanova i la Geltrú, Biblioteca Víctor Balaguer.
- D'AMORE, Fulvio (2010), *Uccidete Josè Borges. L'ordine dei piemontesi durante la conquista del Sud. Il racconto d'una infamia (1860-1862)*, Nápoles, Controcorrente edizioni.
- DD. AA. (2004), *L'Estat-Nació i el conflicte regional: Joan Mañé i Flaquer, un cas paradigmàtic, 1823-1901*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

- Diario de Borges, escrito por él mismo* (1862), Madrid, Imp. La Correspondencia de España.
- GALASSO, Giuseppe (2006), *Storia del Regno di Napoli, V. Il Mezzogiorno borbonico e risorgimentale (1815-1860)*, Turín, UTET.
- GARNIER, Charles (1861), *Le Général Borgès*, París, imp. de L. Tinterlin.
- GUILLAMET, Jaume (2012), «Joaquín Mola y Martínez y Víctor Balaguer, correspondentes en la guerra en Italia, 1859», *Obra periodística*, n.º 3.
- IZQUIERDO, Xavi (2018), *El carlismo y el absolutismo italiano*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
- LAMBERTS, Emiel (ed.) (2002), *The Holy See and Militant Catholicism in Europe*, Bruselas, IHB de Rome.
- LEONI, Francesco (1984), *Il governo borbonico in esilio: 1861-1866*, Nápoles, Guida.
- LÓPEZ, César (1993), *Els Tristany d'Ardèvol, carlins irreductibles: Genealogia*, Barcelona, Columna.
- LÓPEZ, A., y M. MARTÍNEZ (2011), «España y la(s) cuestione(s) de Italia», *Giornale di Storia Costituzionale*, n.º 221, pp. 91-101.
- LÓPEZ-ALVES, Fernando (2003), *La formación del Estado y la democracia en América Latina*, Bogotá, Norma, 2003.
- LORENZO, Renata de (2001), «Mythes contre-révolutionnaires dans les Révolutions en Italie (1796-1860)», en Jean-Clément Martin (dir.), *La Contre-Révolution en Europe, XVIII^e-XIX^e siècles. Réalités politiques et sociales, résonances culturelles et idéologiques*, Rennes, PUR, pp. 255-268.
- LUPO, Salvatore (2011), *L'unificazione italiana. Mezzogiorno, rivoluzione, guerra civile*, Roma, Donzelli.
- MAÑÉ, Joan, y Joaquín MOLA (1864), *Historia del bandolerismo y la camorra en la Italia meridional, con las biografías de los guerrilleros catalanes Borges y Tristany*, Barcelona, Salvador Manero, pp. 504-505.
- MONNIER, Marco (1862), *Notizie storiche e documentate sul Brigantaggio nelle provincie napoletane dai tempi di fra Diavolo sino ai giorni nostri, aggiuntovi l'intero giornale di Borgès finora inedito*, Florencia, Barberà editore.
- MORELLI, Federica (2007), «Entre el antiguo y el nuevo régimen. La historia política hispanoamericana del siglo XIX», *Historia Crítica* (Bogotá), n.º 33, pp. 122-155.
- PALAZZO, Daniel (2014), «La percezione di una guerra civile: il brigantaggio postunitario», *Figure dell'Immaginario. Rivista Internazionale online*, n.º 1, 6 pp.
- PALOMAS, Joan (2004), *Víctor Balaguer. Renaixença, Revolució i Progrés*, Ajuntament de Vilanova i la Geltrú.
- PASCUAL, Isabel M.ª (2002), *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*, Madrid, CSIC.

- PINTO, Carmine (2013), «Crisi globale e conflitti civili. Nouve ricerche e prospettive storiografiche», *Meridiana*, n.º 78, pp. 9-30.
- PINTO, Carmine (2014a), «Guerras europeas, conflictos civiles, proyectos nacionales. Una interpretación de las restauraciones napolitanas (1799-1866)», *Passado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea*, n.º 13, pp. 95-116.
- PINTO, Carmine (2014b), «“La guerra civil borbónica”. Crisis de legitimidad y proyectos nacionales entre Nápoles y el mundo iberoamericano», Antonio de Francesco, Luigi Mascilli Migiorini y Raffaele Nocera (coords.), *Entre Mediterráneo y Atlántico. Circulaciones, conexiones y miradas, 1756-1867*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, pp. 341-360.
- PINTO, Carmine (2019), *La guerre per il Mezzogiorno. Italiani, borbonici e briganti, 1860-1870*, Roma, Laterza.
- ROCA, Francesc (2014), «Les aventures i desventures del crani del Comte d'Espanya. ¿Paradigma d'una època?», en Daniel Montañà y Josep Rafart (coords.), *Estat carlista: tradición i furs*, Centre d'Estudis d'Avià, pp. 95-106.
- ROMEO MATEO, M.ª Cruz (2011), «“¿Qué es ser neocatólico?” La crítica antiliberal de Aparisi y Guijarro», en DD. AA., *Por Dios, por la Patria y el Rey: las ideas del carlismo*, Madrid, Actas, pp. 129-164.
- RONCHI, Archille (1863), *Reseña histórica de los horrores del brigandaje y su origen en el territorio napolitano, publicado por A. R. G., autor de la Crónica de la Guerra de Italia y del Aspromonte*, Valencia, Vicente Alegre Lit., 1863.
- SARLIN, Simon (2013), *Le Légitimisme en armes. Histoire d'une mobilisation internationale contre l'unité italienne*, Roma, École Française de Rome.
- SARLIN, Simon (2014), «The Anti-Risorgimento as a transnational experience», *Modern Italy. «The Italian Risorgimento and Trans-Nationalism»*, vol. 19, n.º 1, pp. 82-92.
- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (1998), «A Dios rogando y con el mazo dando: monopolio de la violencia y conflicto político en la última guerra carlista en Cataluña (1872-1876)», *Vasconia. Cuadernos de Geografía e Historia*, n.º 26, pp. 191-214.
- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (1999), *Antiliberalisme i guerra civil a Catalunya. El moviment carlí davant de la revolución democrática i la tercera guerra carlina, 1868-1875*, Universitat Autònoma de Barcelona.
- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (2000), «El caudillaje carlista y la política de partidas», *Ayer*, n.º 38, pp. 91-113.
- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (2001), *Entre el sermó i el trabuc. El carlisme català contra la revolució setembrina (1868-1872)*, Lleida, Pagès Editors.
- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (2002), *Carlins i catalanisme. La defensa dels furs catalans i de la religió a la darrera carlinada, 1868-1875*, Manresa, Farell.

- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (2004), *La muntanya insurgent. La tercera guerra carlina a Catalunya, 1872-1875*, Girona, Quaderns del Cercle.
- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (2010), «Refugio militar y santuario político: el exilio carlista en los Pirineos Orientales franceses, 1868-1877», en Julio Hernández y Domingo L. González, *Exilios en la Europa Mediterránea*, Universidade de Santiago de Compostela, pp. 131-160.
- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (2012), «La Papolatria catalana: la formació d'una identitat política en temps de guerra i revolució, 1860-1878», en Ramón Arnabat y Antoni Gavaldà (eds.), *Història Local. Recorreguts pel liberalisme i el carlisme: Homenatge al doctor Pere Anguera*, Catarroja, pp. 489-501.
- TOLEDANO GONZÀLEZ, Lluís Ferran (2014), «Prim, les xarxes insurreccionalistes i els militars liberals en temps de guerres civils», en DD. AA., *Joan Prim i Prats (Reus, 1814- Madrid, 1870)*, Reus, Institut Municipal, pp. 49-68.
- TRONCO, Emmanuel (2010), *Les Carlistes espagnols dans l'Ouest de la France, 1833-1883*, Rennes, PUR.
- URIGÜEN, Begoña (1994), *Origen y evolución de la derecha española: el neocatólicismo*, Madrid, CSIC.
- URQUIJO, José Ramón (1998), *Relaciones entre España y Nápoles durante la primera guerra carlista*, Madrid, Actas.
- VALLVERDÚ, Robert (2002), *La guerra dels Matiners a Catalunya (1846-1849). Una crisi econòmica i una revolta popular*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- VELÁZQUEZ, Romualdo M. de (1861), *Historia del joven rey D. Francisco II de Nápoles y su noble abnegación y heroico valor ante la Europa en medio de sus recientes desgracias*, Barcelona, Luis Tasso.